

La clave para ser feliz
es tener la libertad de escoger
tu propio futuro.

JAUME SANLLORENTE

Capítulo 1

JAUME SANLLORENTE

La primera vez que oí hablar de Jaume Sanllorente fue el día que Marta decidió regalarme su primer libro, *Sonrisas de Bombay, el viaje que cambió mi destino*. Supongo que Marta, una persona que me conoce bien, pensó que podía interesarme porque yo también estoy vinculado a un proyecto en la India desde hace ya algún tiempo. Y ciertamente así fue. Aquel libro me tuvo cinco horas pegado a sus páginas sin levantar cabeza, gran parte del vuelo Frankfurt-Bangalore. Me dirigía a Anantapur, a pasar los meses de julio y agosto para trabajar en el proyecto Stick for India.

Aquel texto de Jaume me asombró. Especialmente la descripción de la vida en los barrios de chabolas, conocidos como *slums*. Hasta entonces ya había tenido la oportunidad de conocer otras ciudades indias como Chennai, Hyderabad o Chandigarh, pero jamás Bombay. Es cierto que en cualquier gran población india uno puede encontrarse con este tipo de situaciones y colectivos muy vulnerables, aunque el grado de miseria, complejidad y dimensión del problema que yo recordaba de mis anteriores visitas a otras ciudades no se correspondían con lo que Jaume describía de Bombay.

Pero no fue únicamente el interés por conocer esas realidades lo que, unas semanas más tarde, me hizo comprar un billete de avión desde Bangalore hasta Bombay. También fue la atracción que me produjeron las opiniones personales del autor y sobre todo los valores humanos que transmitía a través de sus palabras.

Así pues, aquel mismo verano volé hasta la ciudad de Bolly-

wood para adentrarme en uno de los barrios de chabolas más grandes de Asia. Personalmente pude comprobar la excelente labor que realiza Sonrisas de Bombay y su inteligente forma de trabajar: una tarea codo con codo en el seno mismo de las comunidades afectadas. Además, tuve el privilegio de conocer al propio Jaume Sanllorente.

Al madurar, muchas organizaciones tienden a aumentar el número de sus trabajadores, estructurando el equipo en áreas y cargos. Se establecen nuevas formas de funcionar y se determinan ciertos valores que transmitir. Considero que, a pesar de este proceso natural de crecimiento, y en ocasiones de despersonalización, sigue siendo de gran valor mantener la presencia del fundador de la organización, a fin de no perder esos valores que gestaron el proyecto. Fíjense en que muchas veces, detrás de una gran organización o movimiento, hay un líder inspirador. Éste es el caso de Jaume Sanllorente y Sonrisas de Bombay.

Bombay es una megalópolis con alrededor de veinte millones de habitantes censados; por tanto debe de haber muchos millares más, sin duda. Es la ciudad de los contrastes. En ella uno puede encontrar miles de empresarios de primera división trabajando en las principales multinacionales del mundo. Hombres perfectamente trajeados y aseados que llegan puntualmente cada mañana a su despacho en su todoterreno color perla, conducido por un espigado chófer indio con un uniforme de talla XL norteamericana. Hombres que, para entrar en sus hiperclimatizadas oficinas, deben pasar a escasos metros de una chabola de cartón con un bebé remojándose en un charco de aguas fecales. Y esto ocurre en casi cada esquina. No exagero.

Esta ciudad simboliza la globalización y el capitalismo en todo su esplendor. Las últimas tendencias en moda, el consumo más desenfrenado y las iniciativas tecnológicas más innovadoras coexisten simultáneamente con conflictos fruto de descontrolados flujos migratorios, violentas discriminaciones sociales y mafia en las calles. En definitiva, el lujo y la miseria dándose la mano.

Una de esas situaciones atrajo a Jaume a los *slums*. Conoció el caso del orfanato de Karuna, que iba a cerrar sus puertas por falta de recursos. Aquel hecho le hizo tomar una valiente decisión:

dejar su «buena» vida en Barcelona, abandonar su trabajo y alejarse de su familia para instalarse en Bombay. Con todo el dinero que consiguió reunir pudo evitar que una cincuentena de niños y niñas volviesen a malvivir en las calles. Así empezó Sonrisas de Bombay, una ONG que ya lleva más de cinco años trabajando para que sus habitantes consigan cierta dignidad en sus vidas.

Sonrisas de Bombay tiene en marcha diferentes proyectos en distintos ámbitos de actuación. Entre los cuales cabe destacar el proyecto de los *balwadis*, que son guarderías situadas en los mismos *slums*. Un lugar donde los padres pueden dejar a sus hijos sin temer por ellos, y sin tener que pagar. También se han acometido otros proyectos relacionados con la salud, como el de la lucha contra la lepra, que proporciona a los afectados los medicamentos necesarios para combatir esta enfermedad. Es una labor fundamental, pero hasta entonces era un servicio inexistente en determinadas zonas de la ciudad. La organización también ha puesto en marcha varias cooperativas de mujeres, que, por ejemplo, se encargan diariamente de preparar la comida necesaria en las guarderías. Por último, no quiero olvidarme de la tarea de concienciación, tan necesaria allí donde la gente ignora las posibilidades reales de las que dispone para ayudar a sus conciudadanos.

Para muchos de nosotros la figura de Jaume Sanllorente representa un modelo de cómo deberían funcionar las ONG del siglo XXI. Yo personalmente lo admiro por ser un ejemplo de valentía y compromiso en pro de una causa tan noble.

Esta admiración me hizo pensar que podía ser un testimonio ideal para tratar los temas que me preocupaban. No porque crea que Jaume tenga grandes discursos preparados sobre el tema, sino simplemente porque su recorrido personal y sus fundamentadas reflexiones, fruto de todo lo que ha vivido, podían ser de gran valor.

Dicho y hecho, aprovechando aquella estancia en Bombay traté de organizar una cita especial..., una entrevista que me permitiese atrapar la sabiduría de Jaume Sanllorente. El carisma de este hombre se diría infinito. Es de esas personas que, aunque sea la primera vez que se cruzan en tu camino, te tratan como a un amigo de toda la vida. Es un personaje entrañable, de gran proxi-

midad y humanidad. Conseguí la reunión, que sería durante mi último día en la ciudad.

Llegué a sus oficinas y lo primero que le solté fue: «Jaume, hablemos de la vida». La mayoría de la gente seguramente se hubiese preguntado de dónde había salido un tipo así. Suerte que Jaume es como es. No sólo no llamó al guardia de seguridad sino que inmediatamente me respondió con su tan característica sonrisa y tono de voz: «¡Pues vale!»

Después de un breve paseo por las dependencias de la ONG nos dirigimos hasta el último piso del edificio, a la sala de reuniones. Allí recibimos amablemente una taza de *chai* por parte de uno de sus colaboradores. En la India, como en otros muchos países asiáticos, el té siempre se utiliza como bebida de acogida y como gesto de afecto. El ritual perfecto para una buena charla.

Empecé comentándole cómo nos iba el proyecto que realizamos con la Fundación Vicente Ferrer, organización que, por supuesto, él ya conocía bien. Hablamos sobre las grandes diferencias de vida que existen entre la vida de las personas en Anantapur (la India rural) en comparación con las circunstancias que se dan en Bombay. Desgraciadamente, ambas situaciones son duras y requieren, cada una a su modo, esfuerzos e iniciativas que luchen para revertir esa crueldad.

Después de una breve puesta en común sobre cooperación, entré en materia y expuse a Jaume la situación que vivimos muchos de nosotros en Occidente. Le hablé acerca de ese vacío personal que muchos sentimos, esta falta de sentido en lo que hacemos, que nos hace buscar respuestas por doquier. Supongo que el hecho de buscar respuestas es una condición típica del hombre. Y lo que anteriormente dictaminaba exclusivamente la religión, ahora intentan suministrarlo los autores de los libros de autoayuda y los gurús de la New Age.

Objetivamente, los occidentales nos podemos considerar como una de las generaciones de la Historia que mejor vive en cuanto a progreso material y derechos políticos. Pero, paradójicamente, continuamos sufriendo problemas emocionales, conflictos sociales y, lo peor de todo, crisis existenciales.

Mientras describía mi diagnóstico de la situación, Jaume asen-

tía a todo lo que yo decía, esperando su turno. Supongo que quería que yo mostrara todas mis cartas. Reconozco que fui un poco apocalíptico en mi descripción, pero pienso que algunos de ustedes también pueden tener estas incómodas y oscuras dudas, si no de forma permanentemente, sí en algunos momentos. Después le pregunté acerca de las personas con las que trabajan diariamente, es decir, ¿cómo viven esas personas «por dentro»? ¿Son capaces de ser felices a pesar de todo? ¿O sufren un inevitable vacío por pensar que no pueden ganar nunca esta guerra? En definitiva, quería saber lo que significaba la felicidad para alguien que vive en un *slum* de Bombay.

Me sorprendió mucho lo que me dijo Jaume en su primer comentario:

J.: Mira, Andreu, creo que muchos de estos problemas que me has contado que sufrimos en Occidente, vienen a causa del desarrollo. Acuérdate de que hace veinte años los españoles nos sorprendíamos al ver, en las películas norteamericanas, personas tomando píldoras antiestrés. Bien, pues hoy su consumo en España ya es masivo.

Jaume se refería al progreso económico. Cuando los individuos pueden tener acceso a muchos artículos de consumo y, por consiguiente, a tantas obligaciones, comúnmente esto deriva en una incapacidad para sobrellevarlo correctamente. Y como nos apegamus a objetos siempre cambiantes, es decir, que llegan y se van, el estrés y los problemas emocionales terminan brotando a raudales.

A.: Entonces, Jaume, ¿hasta qué punto se debe estar satisfecho materialmente? ¿Cuál es la frontera que, por decirlo así, separa aquellas coberturas materiales necesarias de las potencialmente peligrosas? O ¿en qué punto concreto la riqueza nos puede llevar a esa alienación? Suponiendo que la riqueza sea una variable potencialmente dañina por definición, claro...

J.: Centrarnos permanentemente en ese gran conjunto de objetos de consumo a nuestro alcance hace que nos olvidemos

de algo sumamente importante: los valores de toda la vida! Después sentimos que debemos hacer un gran esfuerzo y un trabajo interior para romper nuestra esclavitud material y tratar de recuperar algo más tradicional, y que ya poseíamos desde un inicio. Qué incoherente, ¿verdad?

Yo seguía interesado en indagar sobre la situación anímica de los vecinos de los *slums*, en si los veía sufrir a menudo o no y, en caso afirmativo, a qué creía se debía.

J.: Sufren mucho, y por una razón muy simple: su falta de libertad. Por no poder tener una vida digna.

A.: Y ¿qué es una vida digna?

Jaume me dejó atónito con su clara e inmediata respuesta:

J.: Una vida es digna cuando uno tiene las herramientas para poder cambiar su futuro, sea éste cual sea.

Muchos de nosotros nos esforzamos por proporcionar dignidad a la vida de los demás, pero pocos hemos reflexionado lo suficiente acerca de qué es esa dignidad universal de la que tanto hablamos. Según el fundador de Sonrisas de Bombay, la dignidad es la capacidad que tienen los seres humanos de escoger su propio futuro, de no ser esclavos de sus circunstancias.

Jaume y yo seguimos reflexionando. Yo traté de exponer que la dignidad no necesariamente residía en la capacidad para cambiar las circunstancias de nuestra vida, porque alguien que se encuentra en una situación en la que no puede decidir sobre su vida, aún puede vivir dignamente, en el caso de que no anhele cambio alguno.

Jaume replicó mi teoría utilizando un ejemplo real que podemos encontrarnos en Bombay:

J.: Supón que vives aquí, Andreu. Ganas 30 euros al mes y tienes que pagar por una barraca que te cuesta 400 euros mensuales; ¿cómo lo haces? ¡Es que aquí se llega a un punto

en que la gente ni tan siquiera puede pagarse los derechos tan elementales como la alimentación o la vivienda!...

A.: Ya veo, esta gente siempre debe remar a contracorriente... Pero, vamos a ver, si puedo satisfacer mis necesidades básicas, como alimentarme o tener un techo, ¿serían éstas unas condiciones suficientes para tener una vida digna?

J.: Y escolarizar a tus hijos... ¿es una necesidad básica, Andreu? Porque aunque tuvieran un sueldo ligeramente más alto continuarían sin poder escolarizarlos. La educación obligatoria en la India empieza a los seis años, ¿sabes qué pasa antes de esa edad? Mejor no te lo imagines..., o ¿qué pasa si un padre no puede pagar el tratamiento de su hijo enfermo y éste, desgraciadamente, muere..., ¿es eso una vida digna?

A.: Entiendo, Jaume. Gran parte del Tercer Mundo vive en un estado de pobreza extrema. Si seguimos con el argumento que planteas, entonces podríamos llegar a admitir que toda esta gente no tiene oportunidad de ser feliz debido a esta falta de dignidad en sus vidas.

J.: Muchos de ellos no son libres, no. Sin embargo, una persona con recursos sí es libre, isimplemente porque puede decidir hacer lo que quiera con su vida!

A.: Cierto. Pero ¿sabes qué sucede en ese momento? Esa misma persona que ha conseguido los recursos para satisfacer sus necesidades básicas, decidirá que necesita nuevas cosas, como renovar su vivienda, sustituir su antiguo coche o adquirir alimentos más caros. Y justamente, al tener más recursos, también gastará más y, por tanto, continuará igualmente viviendo a contracorriente, cosa que le hará sufrir de la misma forma que antes. ¡Visto así es patético! ¡Pero qué común! Tendemos a vivir por encima de nuestras posibilidades, como si fuésemos adictos a la deuda.

J.: Totalmente de acuerdo; de hecho, no es necesario visitar la India para ver de cerca la pobreza. Desgraciadamente, en España hay mucha gente que vive en ella. Quizá no tanto por tener un bajo poder adquisitivo, como sucede aquí en Bombay, sino por el endeudamiento que muchos soportan. Ellos tampoco son libres. Claro que no.

A.: En consecuencia, no es tanto el nivel económico en que te encuentras, sino la seguridad que tienes para satisfacer tus compromisos. Esta seguridad te proporciona estabilidad, y creo que es en esta estabilidad donde se puede generar la felicidad. Fíjate ahora con la dichosa crisis: lo que teníamos por seguro se tambalea, y esto nos causa muchas preocupaciones. En este estado de incertidumbre resulta difícil encontrar un anclaje para la felicidad.

Los dos nos quedamos callados unos segundos, con la mirada perdida mientras saboreábamos nuestro aromático té. Supongo que tratábamos de apurar el significado de las palabras que acabábamos de pronunciar. Este debate sobre la dignidad y las necesidades humanas básicas es un debate complejo y muy antiguo. Dudamos entre si las necesidades pueden determinarse *a priori*, o si responden a una fijación arbitraria que cada ser humano realiza en su vida particular y, por tanto, son relativas al individuo y no absolutas.

Quise continuar averiguando más sobre la experiencia personal de Jaume en su lucha en los *slums*, y por eso le pregunté:

A.: Jaume, en el momento en que conseguís proporcionar algún recurso o un servicio a esta gente, imagino que nunca es suficiente para hacerles salir de esta espiral de pobreza, ¿no?

J.: Te equivocas, Andreu. Si tienen educación, lo tienen todo. Educación para una inserción laboral, educación para la salud y la higiene, educación para los hábitos alimentarios, educación para una vida social mucho más satisfactoria y sana. La educación es la llave que abre la puerta a la libertad.

Jaume había dado en el clavo. La educación es el primer eslabón a partir del cual un ser humano puede empezar a tener la posibilidad de cambiar el rumbo de su vida a conciencia, y de esta forma dignificar su vida.

Pero en una sociedad como la nuestra, el 98 por ciento de la población está alfabetizada, es decir, ¡somos un pueblo educado! Al menos, según los cánones de lo que hoy día se considera que es estar educado; patrones que también podríamos poner en tela

de juicio, sí, de acuerdo. Y, sin embargo, en muchas ocasiones continuamos insatisfechos con nuestras vidas, ¿será que funcionamos interiormente de algún modo equivocado? Si es así, ese trastorno nos está llevando por el camino de la amargura.

J.: ¡Es que no sabemos lo que tenemos, Andreu! Deberíamos estar infinitamente agradecidos por lo que hemos conseguido tener como derechos comunes. Venimos de una sociedad que ya hace años que respeta y defiende los derechos humanos más elementales. Estamos muy bien acostumbrados, ¡siempre nos han regalado la educación y la salud! En Occidente deberíamos ser más conscientes de esta realidad. Antes de quejarnos de todo, deberíamos valorar lo que ya tenemos.

A.: Nos hemos convertido en seres extremadamente incoherentes y quejicosos. Constantemente reclamamos nuestros derechos, nos indignamos y luchamos por cambiar infinidad de cosas, todas ellas externas a nosotros. No digo que debamos convertirnos en sumisos. No. Pero no deberíamos olvidar aquellos privilegios de los cuales disponemos y que en otros lugares del mundo serían considerados auténticos tesoros. Y pienso que esos derechos conseguidos podrían ser suficientes para fundamentar una vida plena y feliz. Pero no, estamos anclados en un estado permanente de descontento por no conseguir todo lo que ambicionamos.

J.: Aquí saben lo que tienen, lo que no tienen y lo que necesitan para poder ser felices. Allí, en cambio, no sabemos lo que realmente tenemos ni lo que verdaderamente necesitamos para ser felices. ¿Quién es entonces el ignorante, Andreu?

En ese momento de la conversación me vino a la cabeza una novela, *Robinson Crusoe*. Cuando su protagonista naufraga en la inhóspita isla, se ve forzado a emprender otra vida desde cero, y desde esas nuevas y durísimas circunstancias empieza a construir su hábitat, a aprovisionarse de alimentos e incluso a idear sus formas de ocio. Por supuesto, Robinson empieza a valorar cada uno de estos logros básicos que va consiguiendo paulatinamente, logros que le procuran felicidad. La novela de Daniel Defoe nos

señala los aspectos capitales que cualquiera de nosotros necesitamos para edificar nuestra existencia.

Entonces quise saber el rol que, en su opinión, desempeñaba el dinero en todo esto. Estoy seguro de que actualmente pocas personas asegurarían que el dinero da la felicidad. Aunque muchos de ellos afirmarían que el dinero sí ayuda a ser feliz. ¿Cuál era el punto de vista de Jaume sobre el dinero?

J.: Si tener dinero se transforma en una ambición para ti, y ese anhelo te reporta sufrimiento, entonces tratar de ganar dinero no es un buen camino para alcanzar la felicidad. Aunque los hay que consiguen encontrar cierto equilibrio entre lo que precisan y el dinero que disponen para satisfacerlo.

Una cosa está clara: admite el dinero siempre que éste no te haga sufrir ni a ti ni a los demás. Porque cuando el dinero se consigue a costa del sufrimiento de los otros, eso sí que es condenable. Pero si el dinero se obtiene de forma noble y te proporciona estabilidad en tu vida, ¡ningún problema!

Ambos llegamos a la conclusión de que la felicidad y el dinero son variables independientes, es decir, que no tienen una correlación. Pero, reflexionando acerca de este punto, advertí que esta independencia sólo se da a partir de un determinado punto: la satisfacción de las necesidades básicas. Hasta llegar a este punto, sí que existe una correlación, ya que, a menos dinero, menos necesidades esenciales se pueden conseguir.

Cada individuo es responsable de fijar cuáles son sus necesidades básicas y averiguar qué necesita para satisfacerlas. Una vez satisfechas mis necesidades primordiales, lo demás ya no depende del dinero. Pero si sigo subiendo el listón de necesidades más y más, ¡cada vez necesitaré más dinero!

Por contra, si soy capaz de mantener el nivel de necesidades donde lo fijé inicialmente, entonces podré disfrutar del equilibrio necesario para ser feliz, independientemente de si tengo un poco más de dinero o muchísimo más. Establecer este punto es trascendental.

Lo que Jaume y yo también compartimos es que, en cualquier

caso, no era justo catalogar a todas las personas ricas como esclavas de sus posesiones, avariciosas o egoístas. Ni tampoco etiquetar a aquellas personas con menos recursos como personas frustradas o tristes o condenadas a sobrellevar vidas de segunda o tercera categoría.

J.: E insisto, Andreu, lo que determina si una persona encuentra la felicidad una vez cubiertas sus necesidades básicas es su educación, la educación en valores.

En opinión de Jaume, los valores representan una pieza fundamental en el funcionamiento del ser humano y de la sociedad. Queriendo profundizar más acerca de los valores, me interesé por la historia personal de Jaume Sanllorente.

A.: Jaume, imagino que aquí, en Bombay, dedicado a esta organización que tú mismo creaste, te consideras una persona feliz, ¿no?

J.: ¡Totalmente! Por suerte no tengo momentos de vacío interior, de falta de sentido o de duda acerca de lo que estoy haciendo con mi vida. Jamás. Sí que tengo momentos en los cuales siento que necesito cuidarme un poco más, que necesito tiempo para mí..., pero ¿momentos de crisis? ¡Ni hablar!

A.: Y ¿a qué crees que se debe el hecho de que tanta gente vea su vida sin un verdadero sentido?

J.: A que su vida no tiene una repercusión positiva en la vida de los demás.

Más claro imposible.

J.: Somos instrumentos de amor. Pero vivimos mirándonos el ombligo, todo nace y muere en nosotros mismos ¡Sufrimos claustrofobia espiritual! Nos hemos construido un zulo que ahora nos retiene, somos sus prisioneros. Lo hemos hecho porque vivimos pensando en nosotros y no en los demás. Ah, y que una cosa quede clara: vivir para los demás no implica sacrificar el bienestar de uno mismo.

El egocentrismo, eso es. Equivocadamente, confundimos egocentrismo con egoísmo. No digo que la mayoría de nosotros demos prioridad a nuestra voluntad sobre la de los demás. Lo que digo es que tendemos a ubicarnos en el centro del mundo: todo lo que ocurre nos gusta o nos disgusta, nos relaja o nos estresa, nos ayuda o nos obstruye, etc. Y terminamos midiendo las cosas por aquella relación que guardan con mi «yo». Este hábito se convierte en una patología, porque finalmente los pensamientos sólo giran alrededor de «mí», y no alrededor de los demás, como reivindica Jaume.

A.: En tu caso imagino que has sufrido un montón estando aquí. Por ejemplo, cuando tenías a la mafia local amenazándote de muerte. En aquel difícil momento de tu vida, ¿qué hizo que te mantuvieras sereno y firme en tu propósito? ¿Por qué, a pesar de sufrir, no lanzaste la toalla?

J.: Porque tenía un sentido para mi vida. Mi misión es ayudar a los habitantes de los *slums*, y lo es a pesar de los problemas puntuales que puedan surgir. Supongo que a veces lo que falta en Occidente es hallar un sentido y un compromiso con una misión. Por eso la gente no tolera los conflictos y huye constantemente, huye de sus trabajos, de sus jefes, de sus relaciones, huye de todo...

En definitiva, que los verdaderos protagonistas de esta historia somos nosotros. Es la responsabilidad de cada uno encontrar el sentido al que Jaume alude. No es preciso dedicarse como él a la cooperación y al desarrollo en un lejano país. Uno puede encontrar sentido en cualquier tarea, porque no estamos solos en este mundo y, queramos o no, siempre interactuamos con otros seres humanos. El sentido puede estar en algo tan simple y maravilloso como ser, en palabras de Jaume, instrumentos de amor.

Antes de finalizar la charla quise retomar el tema de cómo vivió Jaume el momento crítico en que decidió venir a la India, dejando atrás dos trabajos fijos en Barcelona y a su familia. Sin duda no debió de ser una elección nada fácil, y requirió un gran valor.

A.: ¿Que te proporcionó el valor necesario para romper con tu pasado y lanzarte a esta aventura tan incierta?

J.: Mira, Andreu, ¡yo jamás hubiera podido imaginar que acabaría así! De hecho, a día de hoy, continúo diciendo que no me gusta Bombay, ¡no me gusta esta ciudad sucia, desordenada y caótica! Francamente, no han sido años fáciles. Me he sentido muy solo, y es duro sentirse solo en una ciudad con veinte millones de habitantes. Pero en esos momentos de bajón, siento cómo me empuja la fuerza de mi misión: luchar por esta gente. Y no hay tiempo que perder. Esto ya da sentido a todo. Me apasiona trabajar en esto, ¡y no es malo que alguien quiera dedicar toda su vida a un solo trabajo!

Pero, mira, Andreu, ¿finalmente sabes cómo he conseguido superar todas las dificultades y tirar adelante?

A.: ¿Cómo?

J.: Pues no pensando en mí. En ningún momento.

Enmudecí ante su respuesta. Y a continuación sentí una intensa sensación de clarividencia, como cuando te revelan una solución a un problema, pero a la vez te das cuenta de lo lejos que estabas de descifrarla por culpa de tu equivocada forma de pensar.

Con aquellas sabias palabras terminó nuestra charla. Le agradecí por última vez el tiempo y el trato que había tenido conmigo y nos dimos un fuerte abrazo. Sentí que aquél no sería nuestro último encuentro, así que nos despedimos con un sincero «Hasta la próxima, amigo».

Seguidamente salí a la calle y cacé un *rickshaw* que pasaba por allí. Le pedí al conductor que me llevara al aeropuerto. Nos habíamos extendido más de lo previsto y sabía que, con el tráfico de Bombay, llegar a tiempo para embarcar era tan sólo una posibilidad. El conductor, por supuesto, trató de tranquilizarme con el clásico: «*No problem, sir*», pero yo sabía que aquel comentario respondía más a un hábito que a una estimación real. Esta vez no las tenía todas. Ni siquiera regateé, ¡no tenía tiempo que perder!

Ya dentro el triciclo motorizado me puse lo menos incómodo posible. Dejé de mirar constantemente la hora, me relajé y disfruté asimilando aquella charla. Me parecía muy interesante la forma

en que Jaume había relacionado la idea de felicidad con el concepto de dignidad personal. Las personas no pueden ser felices si antes no gozan de la libertad para moldear su futuro según su voluntad. Y es esta capacidad real de cambio lo que nos proporciona dignidad.

Aunque la dignidad no es suficiente. Tan sólo supone una condición de posibilidad, a partir de la cual puede florecer la felicidad, o no. Por este motivo, Jaume recalcó el rol capital de la educación como guía en el proceso de desarrollo personal. Es imprescindible una pedagogía centrada en transmitir valores humanos, que abogue por una vocación de servicio y una orientación hacia los demás, no tanto hacia uno mismo.

En esta megaurbe, aunque el destino de tu trayecto esté sólo a diez kilómetros, el tráfico de sus calles te puede retener durante una hora. Mi organismo aprovechó aquel banco grasiento de cuero verde para descansar un poco. Los cláxones de los vehículos se desvanecían como si formaran parte de un discreto hilo musical. Mi cabeza se desplomó hasta un lado del asiento del *rickshaw*, prácticamente fuera del habitáculo. El aire contaminado de la ciudad topaba contra mi rostro. Aire contaminado, pero cálido, y aquello aún me adormecía más.

Mi dulce letargo terminó repentinamente al pasar frente a una multitudinaria manifestación. El ruido era ensordecedor. Gritos, cánticos, altavoces y mucha gente iracunda saltando con el puño en alto, todo a ritmo de tambores. En la India cada día hay protestas o huelgas. Es algo común. El movimiento sindical es históricamente muy poderoso en el país y la gente sale constantemente a la calle a reivindicar sus derechos.

Las pancartas que mostraban defendían el comercio detallista de la amenaza de las multinacionales. Recientemente, las grandes cadenas de *retail* de todo el mundo han fijado la India como su nuevo mercado. Se calcula que un 20 por ciento de la población india depende directa o indirectamente del comercio tradicional, así que es comprensible el temor de esas humildes familias y su revuelta. Saben que la llegada de Wal-Mart y Tesco representará un monzón devastador.

Afortunadamente, las estrechas callejuelas del barrio de Andheri

dieron paso a una enorme autopista interurbana. El Chhatrapati Shivaji International Airport ya estaba muy cerca. Conseguiría llegar a tiempo. Mi regreso era cuestión de horas.

Ver a aquellos ciudadanos sufriendo por sus puestos de trabajo me dejó pensativo. Como estudiante de Empresariales sé perfectamente el efecto que una economía liberal de mercado puede producir en el comercio tradicional. Aquellos manifestantes, con toda la razón del mundo, se sentían inseguros, con miedo. ¿Era responsabilidad del gobierno aquella situación? ¿Es antinatural tratar de protegerlos? ¿Significa ir en contra del progreso económico de la nación? ¿Qué posición deberían tomar las autoridades?

Aquello me llevó a virar el enfoque de mi estudio hacia mis compatriotas. A personas que, partiendo de una situación vital segura, al menos en cuanto a oportunidades y entorno, habían visto cómo todo se les derrumbaba y su vida se convertía en un calvario. Gente que en poco tiempo había pasado de una vida confortable a una situación de vulnerabilidad o de exclusión social.

Quería profundizar en ello. Intuía que, en este caso, el quid residiría en averiguar qué posibilidades y estrategias tenemos como comunidad, y a través de qué tipo de políticas sociales podemos proporcionar más dignidad a las personas. Aunque quizá «dignidad» no sea el término más adecuado, sino *bienestar*.

Disponemos de un Estado poderoso que posee múltiples herramientas y recursos para ayudar a las personas que sufren este tipo de situaciones. Cosa que no tienen ni jamás han tenido, por ejemplo, en los *slums* de Bombay.

En aquel preciso momento, un nombre apareció en mi mente. Me agaché, abrí un bolsillo de mi mochila, saqué mi pequeña Moleskine y con mi bolígrafo apunté: ROSA MARÍA ALEMANY.